

## EL ESTILO DEL CONCILIO

### Entrevista al diario "La Tercera de la Hora"

15 de enero de 1970

***Todos los hechos que se han venido produciendo últimamente en la Iglesia de Santiago, que en general representan una abierta rebelión de sacerdotes, en algunos casos, y de fieles en otros, ¿configuran un cuadro de crisis en la Arquidiócesis a su cargo?***

- San Francisco de Sales solía decir que "el bien no hace ruido. - - y el ruido no hace bien". La inmensa mayoría de nuestros sacerdotes trabaja silenciosamente, con alegría y en paz. Están en medio de los problemas, los sufren con y como los demás, perciben la necesidad y urgencia de cambiar muchas cosas y cambiar ellos mismos, y por eso estudian, revisan, consultan y se unen entre sí y con los religiosos y laicos, para buscar mejores caminos. Cuando algo no les resulta, o no tan rápido como quisieran, asumen la responsabilidad e investigan diligentemente la causa y ponen ellos mismos el remedio. Cuando algo les resulta bien, no dicen nada, porque entienden que para eso están y son sacerdotes. Por eso no hacen ruido y no se habla de ellos en los titulares. Pero ellos son el rostro más genuino de nuestra Iglesia. Lo otro es la excepción, es la enfermedad. Ha existido siempre y se dará sobre todo en épocas de tensión, de crecimiento vital como la que indudablemente atraviesa no sólo nuestra Iglesia de Santiago y chilena, sino la Iglesia universal y la Humanidad en que ella vive y a quien pretende servir.

***Este mismo rechazo de la jerarquía eclesiástica local ¿podría indicar algún error o una posición equivocada en la autoridad que usted representa? ¿No se podría argumentar que hay cierta falta de flexibilidad en la conducción de la Arquidiócesis de Santiago?***

- La autoridad, en la Iglesia, tiene un solo justificativo, una sola razón de ser: el servicio. Nadie es ordenado sacerdote o consagrado obispo para escalar

situaciones de poder o prestigio, o alimentar su ego disponiendo caprichosamente de la gente o imponiendo arbitrariamente sus puntos de vista. En los hechos producidos últimamente en Santiago, el Obispo ha actuado con pleno conocimiento de los hechos; ha consultado a numerosas personas; ha agotado los medios para obtener un entendimiento razonable. Cuando todo esto se ha probado inútil, entonces su misma obligación de servir le ha exigido sancionar. Sería una deslealtad para con las ovejas el tolerar que se las hiera en lo más precioso que tienen: la fe. Y silos llamados a educar la fe la convierten en superstición o extravío, el pastor tiene que impedirselo, aunque le duela. Si no lo hace -por ejemplo, por temor a caer mal- se convertiría él mismo en mercenario: lo dijo el Señor.

***En general, lo que está sucediendo en la Iglesia de Santiago podría causar la impresión de que las normas y el “nuevo estilo” emanados del Concilio Vaticano Segundo habrían sido mal asimilados por parte de un grueso sector de fieles católicos y por muchos sacerdotes, sobre todo jóvenes. ¿Lo cree usted así?***

- El “nuevo estilo” del Concilio Vaticano II pone el acento en la madurez personal del cristiano, y en su postura de servicio desinteresado a los hombres, sin discriminación. Los creyentes excesivamente inmaduros, y aquellos otros que en lugar de servir prefieren servirse de los hombres y hasta de la Iglesia para sus propios intereses, tendrán extrema dificultad en asimilar el Concilio. Pero le insisto: la inmensa mayoría de sacerdotes, religiosos y laicos, más allá de una primera reacción y etapa de desconcierto -semejante, tal vez, a la de acostumbramiento a la luz- vive gozosamente este “nuevo estilo” tan antiguo como el Evangelio.

***¿No se podría suponer que el desconcierto que en general parece existir en la población católica a su cargo emana, especialmente, del énfasis que la Iglesia está poniendo en los aspectos sociales y que, al parecer, desplazan la atención católica de la labor netamente espiritual de la Iglesia?***

- Nos van a juzgar; somos, ya, juzgados, por el servicio a la persona del pobre, del enfermo, del peregrino, incluso del encarcelado. Nuestro amor y fidelidad a Dios se prueban, en primer lugar, en nuestro amor y fidelidad hacia el hombre que nos necesita. Jesucristo tuvo la osadía de identificarse con él. ¿Cómo se puede, entonces, ser “espiritual”, si se desentiende uno de las angustias del hombre? No basta decir: “¡Señor, Señor!” y golpearse el pecho: hay que **HACER** la voluntad del Señor, que no es otra que amar y servir al otro, EFICAZMENTE, CONCRETAMENTE, no con puros buenos deseos: tal como se ama uno a sí mismo.

***Ese hincapié que los ministros de la Iglesia de Santiago hacen en su labor social, ¿no estaría conduciendo a muchos de ellos al acercamiento a doctrinas de orden más político que religioso, y que los implican más en asuntos que no son exactamente propios de la Iglesia?***

- Yo creo que existe también una vocación a la vida política: vocación de consagración y servicio a la gran comunidad nacional. Un laico cristiano que reconozca en sí esa vocación no puede sustraerse a ella. La autenticidad de su fe se probará, en tal caso, en la lealtad y reciedumbre de su compromiso con el Bien Común. Normalmente ello le demandará adherir a un determinado partido -el que su conciencia libremente escoja como idóneo- y aceptar las -a veces muy duras- reglas del juego político, dentro del respeto hacia quienes, libremente también, escojan una opción diferente. Para ellos, los laicos, es un derecho y deber. La misión de la Jerarquía es distinta. Obispos, sacerdotes y religiosos no podemos empeñarnos en una política partidista, por más que individualmente poseamos legítimas preferencias y cumplamos consecuentemente nuestros deberes ciudadanos. Pero en nuestra condición de pastores, nuestra tarea es reafirmar los grandes principios e imperativos morales, denunciando todo atropello del hombre y anunciando el Evangelio de la Paz, fruto de la Justicia.

Santiago, 15 de enero de 1970.